

La calle y los niños: reflexiones sobre el reclamo y la apropiación

“Con los años los pequeños perdimos el control de aquel espacio que había sido nuestro. Las aceras fueron embaldosadas y las calles asfaltadas. Progresivamente los autos lo invadieron todo.”

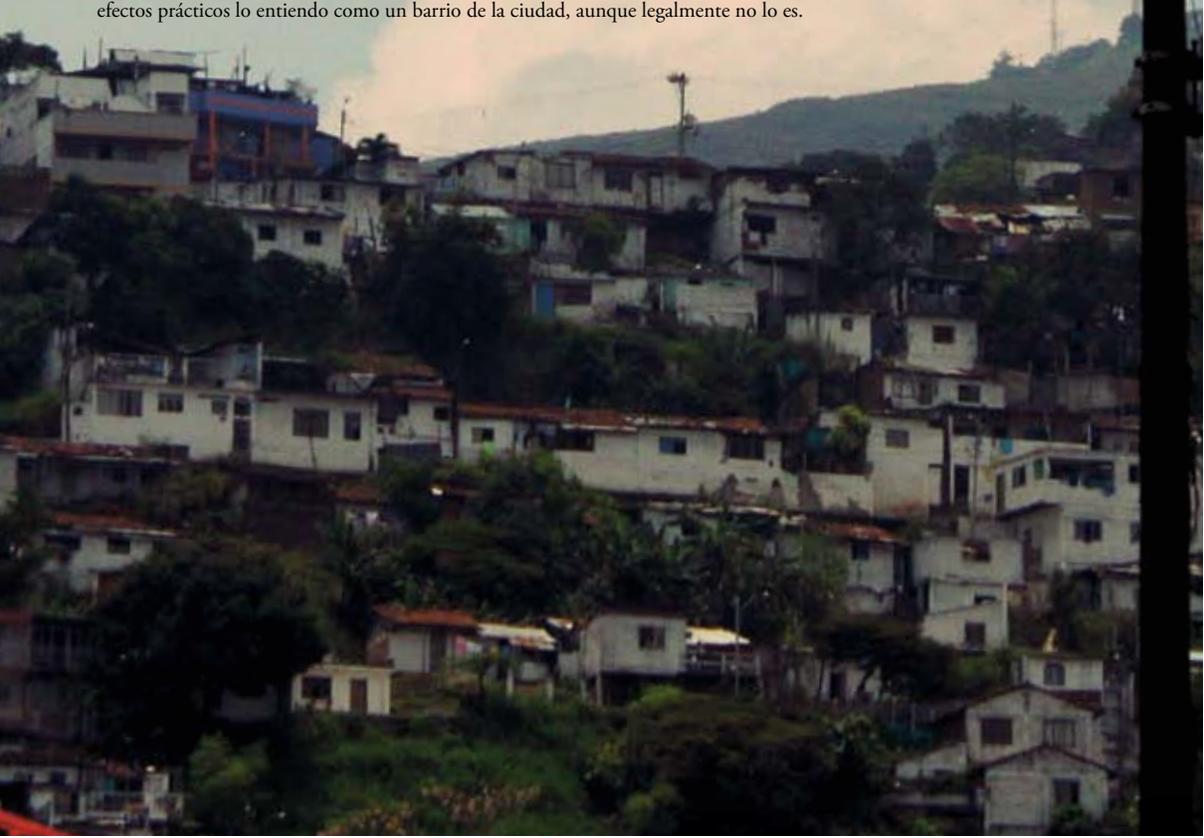
Soy un hijo de evuzok, Lluís Malsart.

La calle es uno de esos lugares que pocos tienen en cuenta cuando piensan en los niños. Parece que siempre se pensara como un lugar de tránsito para mayores, y no como un lugar donde muchos trabajan y viven, o en donde pueden suceder hechos fundamentales para el desarrollo de los pequeños. Olvidamos que la calle, al fin y al cabo, es un lugar cercano que está dispuesto para todos; un lugar de interacciones, que tiene sus transeúntes pero también sus habitantes, que suscita azares pero también diversión.

Las siguientes notas son el resultado de reflexiones que surgieron a partir de visitas a *Brisas del mirador*¹. En particular, aquellas que tienen que ver con los niños, con sus juegos y con su relación con la calle.

Sobre la calle hay que decir que es primordialmente un espacio social, que está sujeto a cambios, y que todos, de alguna manera, influimos, y somos influidos por ella. Hay calles que decidimos recorrer y otras no; hay unas que recordamos con cariño porque marcaron nuestra infancia y que sirvieron de sendero para nuestras bicicletas, mientras que otras simplemente fueron las oscuras, las solas,

1. Barrio de la ciudad de Cali, que está ubicado en el sector de ladera frente al centro comercial Cosmocentro. Para efectos prácticos lo entiendo como un barrio de la ciudad, aunque legalmente no lo es.





las prohibidas y las malditas. En todo caso, en ella dejamos nuestras marcas y ella deja en nosotros las suyas.

Según Josefa Cucó (Antropología Urbana, Ed. Ariel, 2004) la calle es, en tanto que define históricamente a una sociedad y le da la posibilidad a sus miembros de identificarse y de construir una memoria colectiva, un lugar antropológico, que no es otra cosa sino una realidad dual, que es a la vez construcción física y simbólica. Es física, por ser una línea (asfaltada o no), trazada entre dos puntos de una ciudad y que acerca o aleja; simbólica, dado que es una ruta que no se puede pensar por fuera de una lógica económica, que sigue una secuencia de lugares y de hechos históricos, que se institucionaliza y se fija en la memoria para producir identidad. Por ende, los hábitos y las prácticas que se dan en torno a la calle están sujetos a lógicas económicas, políticas y culturales, que pueden ser el resultado de una norma jurídica, de una costumbre o del comercio.

La socialización, por su parte, cumple un papel importante tanto en la definición de los lugares y de los comportamientos que se deben seguir como en la reproducción del modelo: el ideal urbano se aprende así como se aprenden las maneras de la calle, y así como se aprende lo que se puede hacer y lo que no, se aprenden los roles, no solo de transeúnte sino también de género.

Finalmente, por estar dentro de un territorio político, la calle es una responsabilidad del Estado, un espacio que se transforma en política pública cuando necesita ser construido, asfaltado, saneado o en otras palabras, intervenido.



En Brisas del mirador los niños salen a jugar desde muy temprano. Por lo general, los mayorcitos ayudan en el negocio de la familia, que puede ser por ejemplo una tienda, un granero o una sastrería. Algunos van al colegio, aunque son pocos los que lo hacen, porque como no hay escuela que funcione todos los días, les toca bajar a la ciudad, y como no es fácil hacerlo porque no tienen los recursos o el tiempo, no lo hacen. La mayoría de los padres se conforma con enviar a sus hijos un par de horas, dos o tres veces por semana, a una improvisada escuela ubicada en la punta de la loma.

De cualquier forma, en las calles se ven niños todo el tiempo. Los de más edad van y vienen en grupos, mientras los más pequeños permanecen cerca de sus casas. Sobre estas hay que decir que son bastante precarias. Están construidas en espacios mínimos, y pocas veces cuentan con pisos de cemento o baldosa. En varias de ellas, no hay más que tres cuartos que cumplen las veces de habitación, espacio de trabajo y socialización, y cuarto de aseo. La distribución es más o menos de la siguiente manera: toda la familia duerme en un mismo lugar, en otro se dispone una sala, que es también el lugar trabajo y de las vitrinas del negocio familiar, y finalmente, en lo que queda se improvisa una cocineta que a su vez es comedor. A falta de más espacios los niños son entregados a la calle desde muy temprano.

Las madres, ocupadas en sus labores diarias, necesitan que sus hijos se entretengan en lugares visibles pero retirados. Así los pueden vigilar mientras se dedican a sus oficios. Los niños, por su parte, hacen de la calle su patio de juegos. Es frecuente verlos jugar con carritos, con las ramas de los árboles, con basura o con tierra. Cabe decir que aunque todos los menores permanecen cerca de la casa, las niñas, con sus muñequitas, se sientan en las entradas, mientras que los niños tienen permitido ir más lejos. Desde ahí se construyen los roles en función de la permanencia, participación y exploración de la calle y los niños aprenden una primera representación sobre el género, basada en la creencia de que las niñas son de la casa y de lo privado, mientras los niños, de la calle y de lo público. En términos de socialización, los vecinos llegan antes que el colegio o la iglesia a la vida de los niños. Y por eso en la calle, y desde muy temprano, ellos se nutren con una suerte de enseñanzas prácticas que moldean su personalidad.

Las calles de Brisas del mirador no están pavimentadas, lo que es apenas comprensible dado que es un barrio de invasión que no cuenta con los servicios y garantías que ofrece la administración central. No hay hospitales, ni colegios, ni parques, ni puestos de policía. No obstante, y aún cuando saben que se exponen por fuera de sus casas, la gente le permite a sus hijos salir y jugar en la calle. Tal vez, influye el hecho de que los peligros que se corren en la ciudad no son los mismos que se corren en una comunidad tan pequeña, y que, como el control de unos sobre otros es fuerte, el intruso es identificado a leguas y el infractor, indudablemente, castigado. Total, los niños ahí parecen más libres que los de la ciudad.

En suma, la legalización de los barrios resulta para los niños, en general, positiva. Pues aunque los desplaza de lo que tradicionalmente había sido su “patio de juegos” (o sea la calle) y daña algunas dinámicas comunitarias, construye lugares que los benefician en términos de seguridad, salud, educación y otros servicios. Sin embargo, cuando el proceso no es completo, y se construyen puestos de salud ineficientes, colegios que no concuerdan con la realidad social de la comunidad, puestos de seguridad inútiles, y parques que no



son utilizados para la diversión y el esparcimiento, sino para el expendio de drogas, los niños son quienes más se perjudican. En barrios legales en donde esto sucede, lo que se observa entonces es que, mientras las madres controlan a los niños estos no salen (o salen poco de sus casas). Pero que a medida que crecen, la situación cambia y las paredes ya no los contienen. Ahí es cuando a falta de parques aparecen de nuevo las calles, que a pesar de tener tránsito vehicular son ocupadas por ellos (para divertirse).

Entre otros problemas que se pueden presentar, me interesé particularmente en este porque permite pensar que la capacidad de reclamo de los niños, frente a los usos de la calle, ha sido muchas veces subestimada, o muchas otras, relacionada simplemente con actos “antisociales”. En otras palabras, reflexionar sobre este tema permite entender que cuando los niños cierran las calles para jugar fútbol, o para escuchar música, cantar, bailar o hacer graffitis, e incluso cuando cometen actos de “vandalismo”, lo que en verdad están haciendo implícitamente es exigir que se construyan espacios mejor adecuados a sus necesidades.



Para precisar, la legalización de los barrios resulta muy provechosa ya que no solo tiene una función de ordenamiento público, sino que también visibiliza y obliga al Estado a atender las necesidades de las comunidades: ella da la posibilidad de reclamar, y la infraestructura y los servicios básicos (como alcantarillado, energía, agua y teléfono, y colegios, parques, puestos de policía y de salud, andenes y calles pavimentadas). Sin embargo, en la legalización hay también un proceso que puede llegar a ser traumático. En el caso de los niños, las dinámicas de juego, de aprendizaje, de socialización y de aprehensión de la calle, pueden verse interrumpidas, e incluso el paisaje urbano puede llegar a ser más agreste que otros. En situaciones en donde la legalización llega de un día para otro, o en donde los servicios no son ofrecidos cabalmente, los niños apropian los lugares de modos distintos al hegemónico, lo que puede, y debe ser leído como un reclamo.

Por último, la observación de las calles nos permite entender cómo los niños y los jóvenes las perciben, las entienden y las apropian, y, si como propone Kevin Lynch (The image of the city, Ed Harvard University, Massachusetts, 1960), aceptamos que la personalización, la humanización, y las marcas que ponemos sobre los objetos, dan muestra de nuestra capacidad para construirlos, entonces, al hacer garabatos, escribir cosas en ellas, nombrarlas y transformarlas estéticamente, los niños también participan de la construcción de la calle.



El texto fue escrito como trabajo final para el curso “Estudios sobre Cali” dictado en la Universidad Icesi por el profesor Enrique Rodríguez Caporali.

Giovanni Pallares De la Cruz nació el 14 de junio de 1987 en la Clínica de los Remedios de la ciudad de Cali. Estudió en el colegio militar general Agustín Codazzi de la ciudad de Palmira e hizo 12º en el Harrisburg High School en Oregon, Estados Unidos. Durante su estancia en Oregon participó en las competencias interregionales de arte en donde obtuvo el tercer puesto. Actualmente estudia Ciencia política y Sociología en la Universidad Icesi.